

CULTURAS ALTERNATIVAS MÁS ALLÁ DE LA CONTRACULTURALIDAD

Yanet Martínez Toledo

1. Alternativo frente a qué: coordenadas culturales de la hegemonía en la contemporaneidad

Si fuese necesario caracterizar de manera sintética las formas de expresión y concreción de lo cultural en la contemporaneidad, nos enfrentaríamos a un escenario signado por el protagonismo de lo cultural industrial a través de producciones seriadas, masivas, transnacionales como los representados por editoriales, casas disqueras, o las industrias audiovisuales y multimedia. No se trata únicamente de una cultura llevada al *sumun* de su industrialización, presente en cada espacio en que se consolidan las relaciones sociales entre los seres humanos (Jameson, 1986: 143).

Pero a la par de este modo de producir cultura, ubicado en el *mean stream* de nuestra modernidad, aparecen modos de producción que en su carácter de subalternos y —en algunos de los casos alternativos— han pretendido no solo sobrevivir o interpretar los modos de producción de la cultura hegemónica, sino que han intentado producir nuevos modos culturales.

En este caso estaríamos frente a un tipo de producción ampliada, en la que la centralidad no está en la producción de objetos con valores de uso determinados, sino en la producción de un nuevo tipo de relaciones sociales. En tanto producción, debería ser entendida como “producción social de la vida”. Un tipo de cultura que piense la producción de este modo rompería con algunas de las determinaciones tradicionales que ubican lo cultural en la esfera de la reproducción —estableciendo un cisma entre base y

superestructura—; ideología, no se producen objetos, sino un nuevo tipo de relaciones sociales.

Aunque no bastaría con pensar que la concepción de la cultura como sector económico (industrial) o la cultura como modo de producción de la totalidad de las prácticas, abarcan el amplio espectro de lo que lo cultural representa para los estudios sobre la sociedad. Desde diversas perspectivas teórico-metodológicas se ha buscado un acercamiento a la bastedad de lo cultural. Como señalé con anterioridad, muchas de las disciplinas de las ciencias sociales han tratado de aprehender de diversas maneras lo cultural.

Las formas de comprensión de la organización de lo cultural se han venido complejizando desde mediados de la década del setenta, ubicándola más allá de las industrias para insertarla en las políticas, resaltando el papel de la cultura, y de sus instituciones, como articuladora social, es decir: como recurso que posibilita dar lugar a procesos de integración social de sectores marginados de los diseños de políticas culturales (Yúdice, 2006).

Al identificar las capacidades de ciertos procesos culturales para producir niveles diversos de integración y reconocimiento social de grupos específicos se complejiza el estatuto de lo cultural contemporáneo pues, además de su ya consabido carácter mercantil, se le reconoce la capacidad de articulación social. Solo que en este caso seguiríamos hablando de una articulación social cooptada por los Estados por mediación de las políticas culturales, que a la vez han tenido que ser replanteadas al enfrentarse con las demandas de los sectores subalternos.

Ambas formas de acercamiento a las producciones culturales, tanto la concepción de lo cultural industrial como la cultura como recurso, tienen en común el interés de conformar procesos

de institucionalización de lo cultural. Una institucionalización que se corresponde con la necesidad de crear mecanismos de control de la producción cultural y de la inclusión de prácticas culturales concretas en circuitos de mercado, o de reconocimiento social. Lo que significa que antes de hacerse visibles “masivamente”, las producciones culturales subalternas son apropiadas por los sectores hegemónicos: Estado, fundaciones con función de mecenazgo, empresas comercializadoras, etcétera, ya sea en nombre de las lógicas del mercado o de las políticas culturales.

2. De lo subalterno a lo alternativo

La comprensión de las producciones culturales de los sectores subalternos y las formas en que se insertan en las prácticas de una sociedad en concreto tienen que ver con la apropiación, interpretación y universalización de las producciones subalternas por parte de los sectores hegemónicos, o lo que es lo mismo: con la “traducción” de dichas prácticas a los códigos culturales de los sectores hegemónicos, y la representación de los mismos no como “interpretación” sino como “realidad”.

Estas apropiaciones formarán parte de la ideología de los sectores dominantes, de sus discursos acerca de la conformación de lo nacional y del rol que en ella han cumplido los diferentes sectores sociales, las concepciones de desarrollo que han formado parte de los imaginarios y las políticas económicas, educativas, culturales. En síntesis, una representación de lo subalterno tal cual los sectores hegemónicos los ubican en la conformación de constitución de lo social.

Las relaciones entre subalternidad y hegemonía se manifiestan de manera compleja en nuestras sociedades. Por eso resulta engañoso pensar lo subalterno solamente en términos de “adaptación” a las condiciones culturales impuestas por los sectores hegemónicos (Brito, 2005: 17). O como un proceso de interpretación y/o apropiación de los modos de expresión de los sectores hegemónicos (Mattelart y Mattelart, 1991), aunque esto signifique, en principio, superar las concepciones tradicionales que ven lo subalterno como pasivo y prisionero de las ideologías de las clases dominantes.

La visión de lo subalterno que se apropia y reinterpreta el discurso hegemónico, reconoce la existencia de una pluralidad de lecturas de la realidad social más allá de lo universalizado por la cultura hegemónica (Mattelart y Mattelart, 1991), pero en alguna medida escamotea el carácter activo de los sectores populares en las relaciones sociales de

producción cultural, en tanto toma como punto de partida de la producción cultural a lo hegemónico, ya sea mediático, ya sea político.

Existe una diferencia metodológica y situacional entre considerar el carácter activo de lo subalterno en su capacidad de producir una “recepción activa” de la cultura hegemónica (García Canclini, 1991), y considerar lo subalterno en su capacidad de producir una determinada cultura que le es “devuelta” por las producciones de sentido hegemónicas, luego de un proceso de apropiación, interpretación y ajuste (Barbero, 2003: 173). Las producciones culturales de los sectores subalternos son entendidas, entonces, en su calidad de matrices culturales de las producciones culturales hegemónicas que producen un determinado imaginario de lo social, universalizado (Barbero, 2003: 175). Matrices que se actualizan constantemente y son reinterpretadas por las producciones hegemónicas —desde los medios de comunicación, la escuela y las organizaciones de intervención social, etcétera— en una relación de reconocimiento-extrañamiento en la que lo subalterno, pero también lo hegemónico, deben constituirse de forma constante en un proceso que incluye toma de conciencia de sí mismo en relación con el otro.

Con todo, la comprensión de las producciones culturales de los sectores subalternos no parece ser suficiente si nos restringimos a lo interpretado y universalizado por los sectores hegemónicos —universalización que se expresa cada vez de forma más compleja al presentarse tras el velo de la diferencia cultural y de la exacerbación de las “particularidades” de cada sector social—. Además de lo subalterno “apropiado” por los sectores hegemónicos, existe lo subalterno “apropiado” y asumido como identidad por la diversidad de modos de prácticas de subalternidad, que en primera instancia parte de la especificidad de las condiciones concretas en las que viven, pero necesariamente debe tender a la articulación.

Este subalterno asumido como identidad se diferencia del subalterno apropiado desde lo hegemónico en que parte de una posición de diferenciación con respecto a lo hegemónico, y con respecto a otros modos de subalternidad. De ahí que podamos representar una pluralidad de condiciones de subalternidad que se expresan desde lo étnico, lo racial, las diferencias de sexo-género, las generacionales, las diferencias en cuanto al rol que se ocupa en el proceso de producción y modernización, ya sea a nivel personal, grupal, nacional o supranacional.

Esta conciencia de subalternidad se produce a partir de la comprensión de las lógicas del sistema de relaciones sociales que reconocemos como culturales, y que posibilita que nos produzcamos y autoproduzcamos constantemente como seres hu-

manos. Un sistema de relaciones basado en la dominación de unos sujetos por otros, entendiendo la dominación como forma específica de expresión de las relaciones de poder que cosifican, objetualizan y discriminan a unos sujetos con respecto a otros. Un sistema de relaciones de dominación muy complejo que no se basa solo en una dicotomía estática entre sujetos y objetos de dominación, sino que se basa en la movilidad de tales roles en el amplio entramado de relaciones sociales expresadas tanto en lo público como en lo privado.

Por otra parte, no podríamos decir que en ese sistema de relaciones sociales la dominación sea el único modo de relacionarnos. Podríamos decir que la dominación es un tipo “dominante” de expresión y concreción de las relaciones sociales, aunque no el único. De igual manera podríamos decir que la cultura de la dominación es una especie de cultura “dominante”, pero no el único modo de expresión de lo cultural. La cultura y sus modos de producción no constituyen un bloque monolítico que se acepta o se desecha como un todo.

Si consideramos este punto como factible entonces no habría que identificar lo cultural con lo hegemónico, aun cuando sea en la forma poco democrática de “cultura de la dominación”, ni lo subalterno con lo contrario a la dominación y, por tanto, “contracultural”. La cultura debe ser entendida como la totalidad de las prácticas que constituyen un determinado sistema de relaciones, es un proceso total —que no totalitario— conformado por prácticas hegemónicas y subalternas de producción de lo social, prácticas que se enfrentan, a la vez que se solapan —si bien nunca de manera espontánea o voluntaria.

En ese sentido, cultural es la dominación, pero asimismo lo es toda lucha por subvertir el carácter dominador de las relaciones sociales concretas en las que nos constituimos: ya sea en la forma de relaciones sexo-género, alumno/a-profesor/a, padre/madre-hijo/hija, productor/a-consumidor/a. Dicha subversión debe tomar la totalidad de las prácticas sociales de los seres humanos, partiendo de lo cotidiano y personal.

Lo subalterno contracultural como categoría de análisis nos ofrece, sin embargo, una posibilidad concreta: pensar lo subalterno como subversión de la dominación, y no solo como adaptación a la dominación. Las demandas sociales presentadas por grupos, que en principio fueron ubicados en la engañosa condición de “minorías”, son total y absolutamente pertinentes. Tales procesos posibilitaron la visibilización y el reconocimiento de prácticas culturales plurales en formas de organización no restringidas a los partidos políticos, creando nuevas formas de articulación y movilización social

que involucraron una multiplicidad de modos de expresión de lo subalterno desde lo artístico, lo mediático, lo performativo (Brito, 2005: 55).

Sucede, no obstante, que al presentar la necesaria subversión de las relaciones culturales de dominación como enfrentamiento, elevando la cultura hegemónica al estatus de toda la *cultura*, la teoría contracultural reconoce como legítima a una única expresión de cultura: la dominante. Y lo hace porque piensa la sociedad como sistema cerrado expresado por una cultura que excluye, que deja fuera a otra cultura. No es que la cultura dominante no excluya o deje fuera: al objetualizar a amplios sectores poblacionales, al llamarles “minorías”, “masa”, es evidente que está dejando de reconocer la pluralidad de expresiones de lo social. Pero la exclusión o la negación no hacen que esas prácticas dejen de existir. Al existir son culturales; y su derecho a existir no solo es legítimo, sino humanamente necesario. De hecho existe, con o sin el amparo de leyes, con o sin discriminación.

En ese sentido, lo subalterno que articula demandas, que enfrenta el poder en cualquiera de sus expresiones, es cultural. La lucha contra la dominación es cultural, no contracultural. Aunque si queda claro que existe una diferenciación entre lo subalterno que se adapta a lo hegemónico, y lo subalterno propositivo. Este segundo, al reconocerse y reconocer las condiciones en las que se desenvuelve, debe subvertir las relaciones de dominación subvirtiéndose a sí mismo. Este sería el primer paso para la conformación de un proyecto que en principio podríamos llamar alternativo.

3. De las tácticas a las estrategias: condiciones de posibilidad de lo alternativo

Llegados a este punto podríamos sintetizar que lo alternativo debe provenir en primera instancia de lo subalterno. Lo subalterno que toma conciencia de sí, de su lugar en el mundo; a la vez que es capaz de reconocer una compleja relación de distinción- semejanza con respecto a otros proyectos que se reconocen como subalternos. Esta toma de conciencia es importante, pues posibilita la articulación de demandas que sean capaces de poner en sintonía praxis concretas en función de objetivos comunes (Laclau, 2005: 100).

Al proceso de reconocimiento de las demandas debe sumarse el de la organización, de cómo se va a exigir el cumplimiento de las mismas. Ejemplos en la región tenemos bastantes: la lucha por el agua en Ecuador, las reivindicaciones étnicas de diversos

sectores poblacionales, la lucha de los maestros en Oaxaca, la de los estudiantes en Chile. Cada una de ellas ha sido capaz de movilizar en alguna medida a la sociedad civil de sus países y de la región en general.

Estas expresiones de lucha por la reivindicación y el cumplimiento de demandas concretas no son nuevos en el continente, pero sí lo ha sido el modo en que se han socializado dichas expresiones, la rapidez con que lo han hecho y el carácter de enfrentamiento con las informaciones que desde la hegemonía se da de ellas. Es decir, han logrado ser alternativas tanto por lo que exigen, como por las formas en que han sabido comunicar sus exigencias. De igual manera, por el modo en que comunican las experiencias de las que forman parte.

La conjunción entre la articulación y la presentación de demandas de sectores sociales subalternos, y las formas en que representan y ponen en común sus experiencias, sus prácticas cotidianas, puede catalogarse como la representación, desde la praxis, de expresiones de una cultura alternativa que necesariamente debe actualizarse. Esa actualización ha de producirse en el intercambio entre los miembros de las organizaciones, ya sea dentro de estas, ya sea en su vínculo con otras.

Las luchas por reivindicaciones sociales de los sectores subalternos, no pueden darse en estos tiempos fuera de las luchas de los medios de comunicación; esta, si bien no es la única dimensión es una de ellas, ya que se está jugando con la desinformación de nuestras sociedades como un modo de injerencia y de silenciar las prácticas transformadoras. Frente al monopolio de la información, las organizaciones reconocen la necesidad de comunicar y compartir sus puntos de vista y propuestas. Aun así, este proceso únicamente es posible si se rediseñan las estrategias de comunicación de las mismas. Es preciso contraponer a la información de los grandes medios, que por lo general silencian o criminalizan las prácticas de los movimientos sociales, una lucha que incluya la información, pero que también se centre en la lucha por la democratización de la comunicación y por el respeto a los derechos de los pueblos a producir una comunicación que represente su cultura, sus raíces y sus luchas sociales.

En las organizaciones y los movimientos sociales del continente se presenta la necesidad de definir estrategias y políticas de comunicación entendidas como un conjunto de principios, voluntades y decisiones que definen y orientan el rumbo de la comunicación de una organización. De hecho, un número creciente de organizaciones sociales ha asumido en los últimos años que un reto pendiente es el desarrollo de políticas y estrategias de comunicación, como condición para poder afirmar su visibilidad e

incidir con mayor fuerza en el debate público, como de igual modo para fortalecer internamente a la organización. Es en razón de esta doble preocupación, que las actividades de comunicación son encaradas básicamente en dos niveles: las que se dirigen hacia las bases y las que se orientan hacia la opinión pública, nacional o internacional.

En términos prácticos, las políticas y estrategias de comunicación se concretan cuando las organizaciones y los movimientos sociales deciden crear medios de comunicación propios, que establezcan una franca distinción con los modos hegemónicos de hacer comunicación. Esto les permite disminuir el bloqueo de comunicación al que son sometidos por los grandes consorcios mediáticos que frecuentemente recurren al ocultamiento, la tergiversación o criminalización de sus prácticas sociales, culturales y políticas.

Dentro de las políticas y estrategias concretas de comunicación propias de la praxis comunicativa de los movimientos populares a partir de los años noventa, está la de tomar en consideración la funcionalidad de los diversos niveles de la comunicación, sumando a su tradicional producción de comunicación en el espacio comunitario mediante talleres, o los proyectos de creación de radiobases, altavoces o los tradicionales murales comunitarios. Las organizaciones populares han sumado a los intercambios vivenciales la producción de flujos de información que trascienden los límites de la comunidad, para propiciar el intercambio de experiencias y de concepciones del mundo mediante la creación de redes de comunicación a nivel regional y mundial.

Si, a nivel internacional, las experiencias culturales transformadoras y alternativas con intenciones educativas, participativas y críticas, propias de algunos de los movimientos sociales, han logrado ser visibilizadas, aprehendidas y evaluadas por otros movimientos y actores sociales, ha sido en buena medida por el aporte de las nuevas formas de comunicación masiva como manera de difusión alternativa. Por ello vale hacer la salvedad de que Internet, las listas de correo que han permitido una comunicación constante, han facilitado el intercambio entre organizaciones, sin embargo para nada representa la completitud de las formas de trabajo político o de incidencia social. En ese sentido, lo loable del posicionamiento de las organizaciones frente a este medio de comunicación se encuentra en la superación del tradicional prejuicio ante los medios, el apoderamiento, no solo de la tecnología, sino mediante la producción de nuevas formas de periodismo y de noticias. Pero sobre todo en la seguridad con que han sido capaces de resignificar modelos de comunicación y de gestión para ponerlas en función, no en la propaganda, sino en el diálogo.

De ahí que entre las transformaciones culturales alternativas, la comunicación cumpla un importante papel en la consolidación de identidades colectivas, lo mismo que en su posicionamiento, como práctica dialógica, en la compleja red de relaciones sociales que precisan ser cambiadas dentro de las dinámicas culturales constitutivas de nuestras sociedades.

Bibliografía

Acanda, J. L. (2005). "Changes in Cuban Society and their reflection in Cuban Thought from the nineties to the Present", en R. Hernández, M. Espina, et al., *Changes in Cuban Society since the nineties*. Washington, DC, Woodrow Wilson International Center for Scholars, págs. 125-138.

- Brito, L. (2005). *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad*. La Habana, Argos.
- Gallardo, H. (2006). *Siglo XXI. Producir un mundo*. San José, Arlequín.
- García Canclini, N. (1991). "El consumo sirve para pensar". *Diálogos de la Comunicación*.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta.
- Jameson, F. (1986). "El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío", en *Casa de las Américas* (Cuba), págs. 141-173.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Martín Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá, Andrés Bello.
- Mattelart, Armand; Mattelart, Michel (1991). "La recepción: el retorno al sujeto". *Diálogos de la Comunicación*.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Península.
- Yúdice, G. (2006). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. La Habana, Ciencias Sociales. ■

NOVEDADES DEI

CUERPOS PEREGRINOS

**Un estudio de la opresión
y la resistencia desde el género,
clase y etnia.**

Salmos 120 al 134

Tirsa Ventura

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

(una lectura crítica)

Eduardo Hoornaert